

Entre la tragedia y el esperpento

“En el siglo XIX Mark Twain y Melville calificaron Jerusalén de deplorable estafa. Bernard Shaw aconsejó a los sionistas que en los lugares santos colgaran carteles con el lema: No se moleste en parar aquí, no es auténtico.” Imad regenta la Educational Bookshop, la única librería merecedora de tal nombre de Jerusalén Este y legado cultural de la familia de Edward Said. “Pero yo, yo creo que esta ciudad es un museo de las religiones, un zoológico con lo mejor y lo peor de la humanidad, un teatro donde desde hace 3000 años cada día se representa un milagro: el de la convivencia imposible de unas gentes pasionales y contradictorias”.

“¿Contradicción?” grita más que pregunta Jacques, mi vecino, palmas al aire y ojos saltones de sapo. “¡Mírame a mí!”, exclama mientras sirve un café turco espeso como breya con un ademán para que tome asiento en la terraza. Desde esta ladera del monte de los olivos, la ciudad vieja se despliega como una maqueta de Lego descomunal hecha de casas superpuestas coronadas por antenas parabólicas, cruces y medias lunas. Sólo la explanada de las mezquitas da respiro al agobio urbano.

Condenados a la contradicción

“Bajito y rechoncho como me ves llevo dentro de mí todas las contradicciones posibles: soy palestino y odio a los judíos por la destrucción que han traído a nuestro pueblo, pero soy católico y no transijo con las costumbres de los musulmanes ni con el tribalismo árabe. Admiro la organización y el progreso israelíes y por eso obligo a mis hijos a aprender hebreo, y pienso que hay que disolver la corrupta Autoridad Palestina. Tengo pasaporte jordano, vivo en Jerusalén ocupado y sueño con un pasaporte israelí. ¿Te parece suficiente contradicción?” Sorbo el segundo café por respuesta. “Pues que sepas que aquí soy muy feliz, porque para ser feliz no es necesario ser ni lógico ni consecuente. Pero no nos engañemos en Jerusalén no convivimos, sobrevivimos.”

Uri alza la mirada a la cúpula cónica de la Iglesia de la Dormición que domina el paisaje desde el bar de la Cinematheque, lugar de reunión de la izquierda y la intelectualidad israelí de Jerusalén. Con la pajita intenta disolver la menta picada en suspensión dentro de la limonada. “Autistas es lo que somos, dos pueblos de autistas que se ignoran el uno al otro.” Uri es miembro de la ONG israelí Rabinos por los Derechos Humanos. Camino de la puerta de Herodes, Uri se detiene ante una manifestación. “Ahí tienes la imagen perfecta del surrealismo de Jerusalén”. La gente lleva pancartas en árabe y en yiddish y lanza gritos contra Israel. “Ya ves palestinos de Jerusalén Este y judíos ultraortodoxos de Mea Sharim juntos por una misma causa: la destrucción del estado judío. Dicen que los extremos se tocan, ¿no? Que muy al este puede ser el oeste, ¿no? Los palestinos quieren destruir Israel porque les han ocupado y expulsado de sus tierras. Los ultraortodoxos quieren destruir Israel porque éste sólo puede existir cuando el Mesías retorne. Por los menos los radicales están de acuerdo en algo. ¿Pero llamarías a eso convivencia?” Uri les grita algo que no entiende. “Yo no quiero que Israel desaparezca, tenemos derecho a un estado, pero quiero que los palestinos tengan un estado también, que nuestro gobierno se retire a la frontera de 1967 y que todos vivamos en paz.”

Uri anuncia otro ejemplo de *convivencia*. Entramos en el barrio árabe de la ciudad antigua por la puerta de los leones. A lo largo de la Vía Dolorosa comienza la función del teatro de Imad.

Susceptibilidad a flor de piel

Grupos con cruces de alquiler al hombro recrean el vía crucis ante las cámaras digitales de sus compañeros de viaje, Biblias leídas en griego, ruso o arameo, incensarios anestesiando el ambiente... Frente a la Iglesia de Santa Ana dos nigerianos corrigen mi impertinencia: “no nos confundas con turistas, nosotros somos peregrinos”. Uri abandona la calle principal, el bullicio muere en el silencio del laberinto de callejuelas salpicadas de puertas. Le sigo al primer piso de una casa.

Abdul y su familia de doce personas viven en dos habitaciones desde que una familia judía ocupó por la fuerza la planta baja de su casa. “He usado todos los medios legales de la justicia israelí para echarles” dice Abdul buscando aprobación en los ojos de su mujer, “pero lo único que ha hecho el gobierno judío es darles protección armada para que yo no pueda echarles de la casa que me han echado ellos. Me dicen que espere a la decisión de la justicia. Pero, ¿es que no está claro que robar la casa de otro es una injusticia? Hace diez años que espero. Cada día hay más casas del barrio ocupadas por familias judías.” Sajeda, su mujer, sólo habla de su hijo mayor encarcelado en el desierto del Negev por repartir propaganda de Hamas. Abdul mira a Uri: “si todos fueran como tú las cosas serían más fáciles. Yo no quiero que mis hijos vivan así, quiero vender mi casa a los judíos y enviar a mis hijos a Europa, pero si hago eso mis vecinos y las milicias me acusarán de colaborar con el enemigo”.

Tras mucho discutir por la mirilla, Meital abre la puerta a Uri. Su familia es tan numerosa y viven igual de hacinados que los Abdul del piso de arriba. “Esta tierra pertenece al pueblo elegido y esta casa nos pertenece también, no robamos nada que no nos hayan robado antes. Palestina no está en Jerusalén.” Meital lo dice todo sin indignación, con la serenidad de quien está a gusto con sus acciones y su vida. “Tarde o temprano ocuparemos también el primer piso. Dentro de diez años en el barrio árabe de Jerusalén vivirán mas judíos que palestinos”. “Ni caso” me dice Uri a modo de despedida, “cada día somos más en Israel los que apostamos por una solución negociada, una convivencia pacífica y un estado palestino.”

Abu, el rey del turismo alternativo, se dirige a un grupo de clientes a punto de embarcar en la furgoneta aparcada frente al mítico Hotel Jerusalén, detrás de la estación de autobuses. Turismo alternativo aquí significa visitar los territorios palestinos, cruzar el muro israelí y entrar en Belén, Ramallah, Hebrón. Abu cuenta su paso por las prisiones israelíes, habla de la opresión del pueblo, de la legitimidad de su lucha, del derecho a defenderse de la agresión. Opina con la misma convicción que Meital, aunque con menos calma. “Voy a enseñaros la verdad”, afirmación que en Tierra Santa parece cobrar un sentido especial en los oídos de los presentes. Su audiencia, jóvenes alemanes y británicos en su mayoría, que se definen como turistas, no como peregrinos, parece satisfecha, lista para la revelación de la verdad. “Yo ya sé lo que ocurre en Jerusalén Este y en Cisjordania”, dice Katharina de Bremen, “pero quiero verlo con mis propios ojos y poder contar que he estado ahí.”

Un diplomático escéptico

El Conde de Ballobar también estuvo ahí. Antonio de la Cierva Lewita, cónsul de España en Jerusalén de 1914 a 1919, protagonizó un caso probablemente único en la historia de la diplomacia. A medida que los países enfrentados en la Primera guerra mundial cerraban sus consulados en Tierra Santa, los gobiernos respectivos le fueron transfiriendo la defensa de sus intereses nacionales. De este modo, el Conde acabó representando a doce estados, varios de ellos enfrentados en la guerra de Europa. Agudo observador y partícipe activo de la vida de Jerusalén, el Conde describe en sus diarios como judíos, cristianos de todo tipo y musulmanes se disputan el derecho a barrer el suelo de las iglesias. Su catolicismo no le impide afirmar que tales disputas le están volviendo de lo más anticlerical y concluye que los habitantes de

Jerusalén, “sin distinción de raza ni religión, podrían figurar entre los más desagradecidos del mundo”.

A dos pasos de la Calle de los profetas, donde vivió el Conde, está la Calle Salomon, el centro de la movida nocturna de Jerusalén, un planeta aparte habitado por barras de sushi, restaurantes italianos, cafés de diseño, peluquerías de moda, talleres de jóvenes pintores y joyeros. “Aquí todo somos *cool* compatriota”, dice Ariel, hijo de judíos argentinos que acaba de servirme un Gin Tonic. “Aquel camarero de ahí con la gomina es Rashid, palestino, y el otro con la bandeja es druso. ¡Ah! y en la cocina está Adi, ex coronel del Tsahal. Si estos políticos boludos vinieran con más frecuencia a emborracharse aquí se darían cuenta de que nadie les hace ni caso. ¡Qué estamos hartos de ellos y sus luchas de poder, hombre!”

Grupos de jóvenes colonos también vienen a los bares de juerga, lo hacen con sus M16 al hombro, “por si algún palestino nos tira una piedra” dice uno envalentonado por las risas de sus colegas. Mientras apuran las cervezas sentados en los escalones del parking comentan las obras del nuevo Museo de la Tolerancia frente a ellos. “Los árabes se quejan porque lo construyen sobre un cementerio musulmán. Dicen que será un Museo de la Tolerancia ejemplo de intolerancia. Pero el museo es para luchar contra el antisemitismo creciente que hay en el mundo.” El orador toma aire y alcohol. “Además, acaso ellos no han construido durante siglos todo lo que han querido sobre nuestros cementerios y sinagogas. Pero eso se va a acabar un día.”

Pero Baba Damascus piensa que nunca se va a acabar. Vendedor ambulante de fruta y sabio callejero, el abuelo asegura haber nacido bajo la puerta de Damasco. “A los judíos y palestinos nos unen muchas más cosas de las que nos diferencian, pero preferimos pelearnos por los pequeños detalles que nos separan porque somos como perros que ladran a su propia imagen delante de un espejo, porque somos demasiado cobardes para reconocernos en nuestro vecino.”

Jordi Raich

Escritor

www.jordi-raich.com